

# REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:  
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO VIII  
OCTUBRE A DICIEMBRE DE 1939

MONTEVIDEO — URUGUAY

1939

# INDICE DEL TOMO VIII

Nº 22 — OCTUBRE — 1939

	Págs.	
LUIS ALBERTO DE HERRERA. — Orígenes de la Guerra Grande .....	5	
JUANA DE IBARBOUROU. — Claroscuro de un héroe. — Claroscuro de una mujer .....	35	
JOSE IRURETA GOYENA. — El concepto de Patria .....	40	
C. A. HERRERA MAC LEAN. — El tercer Salón Nacional de Bellas Artes (con grabados) .....	53	
ERNESTO PINTO. — María Adela Bonavita: una gran voz mística (con retrato) .....	80	
JOSE MARIA DELGADO	} Horacio Quiroga .....	101
ALBERTO J. BRIGNOLE		
MIGUEL VICTOR MARTINEZ. — La poesía de José Alonso y Trelles «El Viejo Pancho» (con retrato) .....		118

## PAGINAS DESCONOCIDAS U OLVIDADAS

JUAN CARLOS GOMEZ. — El desconsuelo del proscrito .....	138
---	-----

## SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA LITERARIA. — Los premios de Literatura y Música del año 1938. — Florencio Sánchez en París. — La vuelta de Gregorio Marañón .....	141
REVISTA HISTORICA. — Los prisioneros del Quebracho .....	150
BIBLIOGRAFIA. — Correspondencia del General Fructuoso Rivera y de su esposa Bernardina Fragoso de Rivera (1825-1851). — La producción bibliográfica nacional en el tercer trimestre de 1939 .....	154

	Págs.
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN. — Las Américas . . . . .	161
FERNAN SILVA VALDES. — Romance de Fructuoso Rivera . . . . .	166
J. MONTES PAREJA. — Lección inaugural de la Cátedra de Clínica Médica	174
ESTHER DE CACERES. — Glosa de María Eugenia Vaz Ferreira . . . . .	191
JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — Relaciones de Inglaterra con los países del Plata . . . . .	204
HOMERO MARTINEZ MONTERO. — Lo trágico en la Casa Sobremonte (con grabado) . . . . .	231
HECTOR VILLAGRAN BUSTAMANTE. — Julio Raúl Mendilaharsu (con retrato) . . . . .	238
PLACIDO ABAD. — El constituyente Solano García (con grabado) . . . . .	243
MARIO FALCAO ESPALTER. — Las ideas de don Francisco Bauzá . . . . .	264
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Comentarios sobre Goethe . . . . .	276

PAGINAS DESCONOCIDAS U OLVIDADAS

JULIO LERENA JUANICO. — El doctor Cándido Juanicó . . . . .	288
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA LITERARIA. — Pablo Blanco Acevedo . . . . .	305
REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La exposición del Libro Brasileño. — La jornada vareliana. — La exposición de Arqueología Americana . . . . .	308
BIBLIOGRAFIA. — «Cantos de Atlántida y el Mar», por José G. Antuña. — «Tiempos iluminados», por Enrique Larreta. — «Flores del camino», por Jerónimo Chiacchio Bruno S.S. — «Democracia habemos...!», por J. Penzoni Hernández. — La producción bibliográfica nacional en el tercer trimestre de 1939 . . . . .	315

	Págs.
MELCHOR PACHECO Y OBES. — Diario de viaje. — 2º cuaderno (con grabados) .....	321
EDMUNDO BIANCHI. — Poetas franceses contemporáneos .....	354
LUIS ALBERTO DE HERRERA. — Orígenes de la Guerra Grande .....	366
A. ROSELL FIGUERAS. — Reseña histórica de la Taquigrafía en el Uruguay (con grabados) .....	403
HERMINIA HERRERA Y REISSIG. — «Los Olmos» .....	426
EDMUNDO PRATI. — Exposiciones del año .....	438
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Glosa de Amiel .....	451

PAGINAS DESCONOCIDAS

FRUCTUOSO RIVERA. — Frente a la adversidad (con grabado).....	464
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Uruguay ante la invasión de Finlandia .....	469
REVISTA LITERARIA. — El concurso teatral del año 1939. — Un soneto al doctor Enrique Estrázulas. ....	471
BIBLIOGRAFIA. — «La libertad condicional y anticipada», por Segundo Barreiro. — «La esencia de los nacionalismos. Sus virtudes y sus peligros», por Luis Durán y Ventosa. — «Florencio Balcarce, 1818-1839», por Rafael Alberto Arrieta.—«Normas jurídicas en materias relacionadas con el Derecho Electoral», por Avelino C. Brena. — «Historia de la religión de Israel según la Biblia, la ortodoxia y la ciencia», por Celedonio Nim y Silva .....	473

## GLOSA DE AMIEL

«He reconocido en el «Oasis» de Clarens el paraje donde me gustaría dormir. Aquí me rodean mis recuerdos; aquí la muerte se asemeja al sueño y el sueño a la esperanza.» ¿Cómo pasar junto a Clarens, al bordear el lago Léman, corriendo en pos de los fantasmas de Juan Jacobo, de Corina, de Byron, de Shelley, de Lamartine, sin trepar el camino alto que lleva de Vevey a Montreux y llegar hasta el «Oasis», el pequeño cementerio donde, cumplido su deseo, reposa Enrique Federico Amiel,

Entre le clair miroir du lac aux vagues bleues  
Et le sombre manteau du Cubly bocager...?

Delicioso viaje. Se camina a la sombra de los castaños y de las bayas por la senda bordeada de vallados de zarzas, mirtos y lilas en flor. A lo largo del camino se recuerda a Töpffer y se sueña con las románticas peregrinaciones de Saint Preux cuyos pies hollaron estos senderos; pero, sobre todo, se busca «cierto caminito, reino del verde, con surtidor de agua, sotos, ondulaciones del suelo y abundancia de aves canoras» que él frecuentó. Por allí se llega al pequeño pórtico del jardín de los muertos, poético camposanto que él mismo cantó con morosa melancolía:

Calme Eden, parvis discret  
Qui fleurit toute l'année.

Los senderos discurren entre las piedras musgosas en las que se leen desconocidos nombres de extranjeros que fueron a pedir salud al lago y la montaña y sólo encontraron un rincón donde reposar para siempre en el romántico jardín suspendido sobre las aguas del Léman, frente a la maravillosa escenografía de los Alpes. Allí duerme, en un poético rincón que él mismo eligió muy poco antes de morir, el penitente del «Diario Intimo». Los cipreses prestan sombra a la romántica tumba, los rosales trepan por la reja de hierro, las lilas, las primulas y los oxiacantos le dan abrigo y follaje, los elegantes rododendros y las frágiles anémonas asoman sus corolas multicolores, las amarillas gencianas acarician con sus hojas largas y lustrosas la losa donde está grabado el melodioso nombre. En el jardín los ruiseñores entonan un *ritornello*, los pinzones con su rojo collar, y las ágiles oropéndolas con sus vestidos tornasolados bajan a beber las gotas de rocío

que el alba deja olvidadas en el césped, las abejas liban los nectarios repletos, las mariposas blancas, como cándidos *edelweiss* que la brisa trae desde la montaña, vuelan de flor en flor, y el agua que descende de las torrenteras murmura entre los guijarros. A lo lejos, todas las voces de la naturaleza se extinguen; las hayas y los pinos parecen cesiones de monjes silenciaros que trepan las laderas de los montes.

Allí iba a menudo a pasear su tristeza y a dialogar con el Rey de los Espantos; entre esas tumbas discurrió el enlutado Hamlet ginebrino buscándose a sí mismo sin hallarse, perseguido por la duda y confortado por la fe, agitado siempre por la inquietud y la angustia de lo desconocido. Allí recibió la revelación del mal incurable que le mató. Allí sintió al fin, que la muerte se asemeja al sueño y el sueño a la esperanza.

El maravilloso paisaje parece realmente un sueño. El espejo de las aguas se extiende desde la cintura de los collados llenos de vergeles, viñedos, bosquillos y deliciosas villas, hasta las bocas del Ródano, la ribera de Saboya y las lejanías de los Montes del Oeste. El lago refleja el color del cielo y la imagen invertida de las montañas. Las blancas velas que surcan las ondas se confunden con las gaviotas que planean sobre el líquido cristal. Cendales de bruma levemente irisados se desprenden de la superficie y envuelven las colinas detrás de las cuales se levantan las cresterías de los Alpes y resplandecen las nevadas cimas. De un lado, sobre la ribera, se adivinan los torreones de Chatelard, del otro, hacia la garganta del Ródano, cerrada por los dientes del Medio Día y el Monte Blanco, hunde sus fundaciones en el lago el romántico castillo de Chillón.

Todo allí tiene la belleza objetiva de la forma y del color y esa otra honda e indescriptible belleza que le presta el recuerdo. Es aquel el maravilloso país de Rousseau, «la cuna del verdadero amor», como lo llamó Byron. En la ribera saboyana están las sendas que aquél recorrió, embriagado del recuerdo de Mme. Warren, y a un paso de Clarens está el teatro de los ensueños de Saint Preux. «Id a Vevey — dice Juan Jacobo en sus «Confesiones» — visitad el país, examinad los sitios, pasead por el lago, y decid si la naturaleza no ha hecho ese bello país para una Julia, para una Clara y para un Saint Preux; pero no los busquéis.»

¡Cómo no buscarlos! ¿No están allí los senderos por donde los amantes de «La Nueva Heloísa» pasearon sus ensueños, sus angustias, sus remordimientos y su melancolía; no se reconoce allí el romántico *bosquet* del abrazo fatal; no se ve, acaso, en la ribera opuesta, la blanca mancha de la *Meillerie*; no es aquella la isla donde zozobró la barca que condujo a los amantes; no está allí aun, junto al castillo de Chillón, el muelle desde donde Julia, para salvar a uno de sus hijos, se lanzó al lago en cuyas ondas encontró el mal que le costó la vida?

¿Cómo no buscar también otras sombras? Ese mismo castillo de Chillón no fué, acaso, donde Childe Harold tomó tierra una noche de tempestad, envuelto en su capa enlutada?

Byron, comme un luttteur fatigué du combat,  
Pour assigner et mourir sur les rives s'abat.

¿No está todavía inscripto en la columna de la prisión de Bonivard el nombre del poeta? ¿No está allí también, en la otra ribera, la encantadora villa Diodalis, llena de recuerdos de él y de Shelley, peregrinos de la montaña y del lago cuyas aguas surcaron con el libro de Rousseau bajo el brazo? ¿No vino tras ellos Lamartine, a recorrer los mismos sitios, a buscar en Coppet la poética tumba

Où Corinne repose au bruit des eaux plaintives.

a discurrir por los senderos de Clarens, «fantástico reino de los sueños de Rousseau?» ¿No le siguió Alfredo de Musset en la romántica peregrinación y no está en Vevey la pequeña posada donde vivió el poeta de las «Noches»?

Todas estas fueron sombras amigas del melancólico profesor ginebrino. Anda por allí otra sombra, — ingrata sombra, — la única, tal vez, que no fué amable ni tutelar para él, quien jamás halló en la sarcástica sonrisa de Voltaire ni alimento para sus sueños ni estímulo para sus dudas. ¿Qué podía ofrecer el espíritu seco, preciso, ordenado y burlón del señor de Ferney a aquél que fué todo sensibilidad, vaguedad y cambio, desmaterialización y éxtasis, gravedad y melancolía?

En cambio, ¡cuánto dialogar con las sombras hermanas o amigas! Con Juan Jacobo, de cuyo peligroso encanto quiso defenderse, pero cuya embriaguez le poseyó a pesar de su resistencia; con René, en quien reconoció un hermano de tormento; con Corina, cuyo reino visitó a menudo; con Töpffer, sobre quien escribió páginas deliciosas; con Byron, cuyas pasiones tempestuosas le causaron espanto pero lo llenaron de enajenamiento; con Shelley, cuyo sereno panteísmo le conquistó y a través del cual amó también a Wordsworth; con Lamartine, cuyas melancólicas estrofas repitió con deliquio.

Toda la ribera del lago Léman es una caja resonante de recuerdos. Cada senda que se recorre, cada piedra que se pisa, cada ciudad o aldea que se cruza, cada árbol debajo del cual se reposa, tienen una expresión y un lenguaje que el alma interpreta y entiende. «Tu atmósfera, escribió el poeta inglés, es el juvenil alimento del pensamiento apasionado, tus árboles hunden sus raíces en el amor.»

Nadie penetró como Amiel ese lenguaje ni nadie amó más que él este maravilloso rincón del planeta. Con razón eligió los seis palmos de tierra del camposanto de Clarens para dormir en paz.

«¿Qué he sido? ¿Qué soy? En verdad me hallaría perplejo para decirlo...», escribió Stendhal en un momento de íntimo abandono, cosa rara en este escritor siempre en guardia contra los demás y contra sí mismo. Estas dudas no persistían en el espíritu de aquel hombre hecho para la acción, y fué así que luego estampó orgullosamente estas palabras que fueron una verdadera profecía: «Yo seré comestible hacia 1830». No se equivocó. «Adivinación sorprendente» llama Bourget a este gesto de orgullo.

Amiel, en cambio, vivió y murió en la oscuridad, convencido del irremediable olvido que caería sobre su nombre y de la inutilidad de su obra. Pocos días antes de su muerte escribió estas melancólicas palabras en su dietario: «Concluiré en las arenas como el Rhin; hecho la confesión suprema de la inutilidad de su vida y de su obra en uno de aquellos enajenamientos de renunciación esencial que a menudo le poseían. «¿Qué es lo que he sabido sacar de mis dotes, de mis circunstancias particulares, de mi medio siglo de existencia? Todos mis papeluchos, mi correspondencia, estos millares de páginas íntimas, mis cursos, mis artículos, mis rimas, mis diversas notas, son otra cosa que hojas secas? ¿A quién ni a qué habré sido yo útil? ¿Durará mi nombre un día más que yo, y significará algo para alguien? Vida nula. Muchas idas y venidas y muchos garrapatos, ¿para qué? En resumen: Nada.»

Este sí que se equivocó. Apenas sus amigos lanzaron al mundo, como tributo póstumo, las páginas del «Diario íntimo», la celebridad se apoderó del nombre del oscuro profesor ginebrino. Desde entonces no ha cesado de crecer su gloria literaria.

¿Porqué? ¿Es que las páginas del «Diario» le revelaron como pensador excepcional, como extraordinario filósofo, como gran artista, como gran escritor siquiera? No es eso. Hay en este autor un pensador de noble estirpe, pero mediocre, que tuvo puestas constantemente las gafas del trascendentalismo, que vivió encaramado en las nubes, que se elevó siempre a los orígenes de la fenomenalidad, o lo que es lo mismo, que se apartó de las realidades tangibles para vivir en el mundo de las inciertas interrogantes. Es un filósofo sin originalidad, embriagado de metafísica y de absoluto, ondulante entre la duda esencial y la fe primitiva. Es un artista de exquisita sensibilidad, admirablemente dotado para la función receptiva, pero limitado en sus recursos de realización objetiva. Es un escritor original, densamente emotivo, a quien se le ha hecho demasiadas reservas retóricas para que se le pueda presentar como modelo de prosa francesa.

¿Cuál es la causa, pues, de este eco que se prolonga a través del

tiempo y de las generaciones, y que cada vez halla mayor resonancia en las almas? ¿Es que el «Diario íntimo», esta «crónica de los sufrimientos de un alma» como lo llama Scherer, esta «larga y difusa monografía de un alma» como aclara Bourget, constituye un espectáculo capaz de seguir interesando a los hombres que se han sucedido en los últimos sesenta años? ¿Es que esta alma puesta al desnudo fué tan grande, tan admirable, tan extraordinaria, que el mundo puede hallar deleite en su móbrosa contemplación? ¿Es que siquiera la vida reflejada en las páginas de este «Diario» tiene tan picante y continuado interés como para que los espectadores sigan acudiendo en multitud a contemplarla?

Lo que hay en realidad es que, el «Diario», además de ser un gran espectáculo, y de reflejar las inquietudes de una gran alma, y referirse a las especulaciones de una mente austera y a la intimidad moral de un noble ejemplar de la especie humana, tiene verdadero valor épico, puesto que responde a aquel fondo de ansiedad y de ensueño que, unos más que otros, todos los hombres llevan oculto en su ser espiritual. Este libro es una obra de arte, pero es, además, un devocionario de la melancolía, un libro de horas de la tristeza, un sutil tratado de la enfermedad moral que se llamó «mal del siglo», en el cual todos los hombres encuentran algo que corresponde a la oculta intimidad, a ese mundo interior, cerrado a los demás, al que penetramos con el alma desnuda y el corazón suspenso; pero, sobre todo, quienes hallan en él rícipe y cordial son esos seres, más numerosos de lo que se supone, cuyo estado moral pintó el penitente al describir su propio estado de alma con estas palabras: «todo esto no sería nada sin otro instinto, el instinto del Judío errante, que me arranca la copa donde he refrescado mis labios, que me prohíbe el goce prolongado y me grita: «¡Marcha, no te duermas, no te apegues, no te detengas!» Este sentimiento inquieto no es la necesidad de cambio, sino más bien el miedo de lo que prefiero, la desconfianza de lo que me encanta, el malestar de la dicha. ¡Qué naturaleza tan singular y qué inclinación tan extraña! No atreverse a gozar candorosamente, con sencillez, sin escrúpulos, y retirarse de la mesa temeroso de que la comida no termine. ¡Contradicción y misterio! No usar por el temor de abusar; creerse obligado a partir, no porque uno se haya saciado, sino porque se ha descansado. Siempre soy el mismo: el ser errante sin necesidad, el desterrado voluntario, el hombre sin reposo, el eterno viajero que, arrojado por una voz interior, no construye, no compra ni trabaja en ninguna parte, sino que pasa, mira, acampa y se va.»

«El Diario» es el ambiente natural de los que participan de ese estado ansioso: raza de almas atormentadas, casta de soñadores, melancólica muchedumbre de seres dolientes que no tienen paz ni sosiego, consuelo ni esperanza, alegría ni amor, y a quienes Stendhal llamó «mártires sin Dios y sin fe, pero mártires». Las páginas de este libro forman la patria espiritual de todos esos hombres que parecen planear

sobre la realidad del mundo, y para quienes la vida ordinaria es un suplicio, que esperan lo que no ha de llegar, que se sienten atormentados por la sed insaciable de lo que no ha de ser y torturados por la inquieta angustia de desear, el dolor de vivir y el secreto terror de morir.



El proceso de la vida interior de Amiel tiene hondo sentido religioso. La Revelación y el dogma fueron el punto de partida de sus especulaciones. Protestante por tradición y por educación, sintió a menudo la atracción de las ceremonias de la Iglesia Católica y del profundo simbolismo de su liturgia. En todo ello, su natural hecho a la ternura y al ensueño hallaba motivos de embriaguez y transporte. La severidad y sequedad del culto luterano lastimaban su sensibilidad. «Nuestros templos están demasiado cerrados... Nuestra Iglesia ignora estos sufrimientos del corazón, no los adivina, tiene poca previsión compasiva, pocas consideraciones discretas por las penas delicadas, ninguna intuición de los misterios de la ternura, ninguna suavidad religiosa. Hemos perdido el sentido místico, y sin él, ¿qué es la religión? Una flor sin perfume.»

Buscaba, pues, el afecto paternal, el sentimiento de simpatía y comprensión, la ternura compasiva, el bálsamo de consuelo, y buscaba, sobre todo, el arrobamiento místico, el estado de beatitud y éxtasis que Huysmans encontró en el camarín subterráneo de la catedral de Chartres y que él no pudo encontrar bajo las bóvedas de la iglesia de San Gervasio de Ginebra. Perdido en el desnudo templo exclamaba: «Me hace falta un cristianismo menos solitario... Me falta algo, el culto, la piedad positiva y participada. ¿Cuándo se constituirá la Iglesia a que pertenezco de corazón?»

¿Cuándo? ¿No estaba hacía siglos constituida? ¿No se hallaba allí, próxima a él, sin que acertara a verla y, sobre todo, a penetrarla y comprenderla? Esa exaltación espiritual, ese encendido sentimiento de amor y ternura, esa efusión íntima, esa necesidad de confidencia, ese perpetuo estado de confesión, ¿no habrían hallado su natural ambiente en la Iglesia universal, en el tribunal de la penitencia, y en la Eucaristía? ¿No es, acaso, seguro que esta alma inquieta habría encontrado en todo ello, en lugar del implacable Dios de justicia que se le ofrecía, al Dios de amor, en lugar del Dios juez, al Dios Padre, y, sobre todo, en lugar del *amor intellectualis* que creyó encontrar en el árido vacío del concepto spizonista, el amor verdadero, el único capaz de saciar su corazón y apagar su sed espiritual? ¿No tuvo, tal vez, la intuición de ello cuando, en un instante de enajenamiento místico, escribió estas palabras que parecen desprendidas de la Imitación: «Gracias, Dios mío, por la hora que acabo de pasar en tu presencia. He reconocido tu voluntad, he medido mis culpas, contado mis mi-

serias, sentido tu bondad por mí. He saboreado mi nada. Me has dado tu paz?

Infelizmente la paz fué ave de paso en su espíritu. Si la índole de su sensibilidad hallaba tierno acomodo en las ceremonias de la liturgia católica, en cambio, la polaridad de su inteligencia religiosa, sutilmente analítica y especulativa, tendía a la emancipación luterana y al libre examen que fueron los caminos por donde llegó a aquel punto extremo de su exaltación mística en que, fuerza le fué desprenderse de toda realidad religiosa para dar el gran salto en el absoluto y despeñarse por los mundos desiertos y desolados, el *inania regna* ya visitado por el pensamiento de Spinoza.

En el «Diario» se halla menudamente expuesto este proceso. La primera línea, dice: «No hay más que una cosa necesaria: poseer a Dios.» El comentario que fluye en seguida de este pensamiento tiende todo él a explicar las relaciones del hombre con Dios y cómo es lo mejor vivir en El. Esta aspiración a Dios tiene naturalmente su disciplina. «Renuncia a ti mismo, agrega, y acepta tu cáliz con su miel, y, no importa, también con su hiel. Haz que Dios ascienda a ti, embalsámate de El por anticipado, haz de tu alma un templo del Espíritu Santo, haz buenas obras, haz a los otros felices y mejores.» Todo esto es profundamente cristiano, pero ya se anuncia en ello una especie de despersonalización. «Tratándose de Jesús, es preciso no creer más que en El», escribe poco después; mas, dominado por el espíritu crítico, agrega: «es preciso descubrir la verdadera imagen del fundador tras todas las refracciones groseras, a través de las cuales, más o menos alterada, ha llegado a nosotros.» Y para que no se dude de que este pensamiento empieza a desplegar sus alas en las sombras del absoluto, anota: «Revelación, redención, vida eterna, divinidad, humanidad, propiciación, encarnación, juicio, Satán, cielo, infierno; todo esto se ha materializado, groserizado, y presenta esa extraña ironía de tener un sentido profundo y ser interpretado carnalmente.» «Quiérase o no, — agrega, — hay una doctrina esotérica. Hay una vinculación relativa: cada cual entra en Dios en la medida que Dios entra en él.» Lanzado por la vía spinozista anota: «Si quiere triunfar del panteísmo, el cristianismo debe absorberlo.» Y ya disgustado con el dogma histórico, agrega: «A nuestro siglo le hace falta una nueva dogmática, esto es, una explicación más profunda de la naturaleza de Cristo y de los fulgores que proyecta sobre el cielo y la humanidad.»

Emancipado de la dogmática, su inteligencia religiosa, corroída por el veneno del espíritu de análisis, no halló solución ni sosiego. Todas las religiones y sistemas filosóficos se le aparecieron como incompletos, carentes de la suma de vida universal y limitados en su concepción de la realidad. Pretendió sustituir la Revelación, el dogma y el culto por un estado de iluminación interior capaz de todas las

interpretaciones, sino por la vía del entendimiento, por la del sentimiento. Cayó así en un vago panteísmo que concluyó por poseerlo, absorberlo y sumirlo en un estado de mortal ensueño. Fué una especie de desmaterialización, de abolición del ser para penetrar todo él y diluirse en el alma universal, en busca de un estado de beatitud extática. Llegó a tal estado de espiritualización que su caso recuerda el de los grandes místicos. Solamente que éstos tuvieron en su pensamiento y en su vida interior un objeto determinado y que su disciplina espiritual tendió a la santificación y a la obtención cada vez más perfecta de la gracia. El transporte místico que busca a Dios es un estado gozoso; cuanto más próximo se siente el objeto, más intenso es el gozo, más plena la confianza y más honda la serenidad. Este melancólico viajero de las sombras erró sin norte y sin objeto por el mundo inmaterial y no conoció jamás ese estado. «Yo oscilo entre la melancolía desolada y el dulce quietismo». Solamente logró alcanzar «el dulce quietismo», y eso, a veces.

Ese quietismo fué una especie de anulación de la conciencia, de desintegración de la personalidad, de anestesia de la sensibilidad, de abolición de la voluntad, de verdadero nirvana. El ha descrito ese estado con la morosa delectación con que se recuerdan los instantes de felicidad. «Puedo estar fuera de mi cuerpo y de mi individuo; yo estoy dispersonalizado, suelto, volado». «Es un estado singular, precisa. Todas mis facultades se van como un manto que se deja, como el capullo de una larva». Se convirtió así en una melancólica sombra, en un doliente fantasma. La vida de relación llegó a cobrar en él carácter sonámbulo. «Leo, hablo, enseño y escribo. No importa, es como sonámbulo». «Hay días en que todos estos detalles me parecen un sueño, en que me admiro del pupitre que está bajo mi mano, de mi mismo cuerpo; en que yo me pregunto si hay una calle delante de mi casa, y es verdaderamente real toda esa fantasmagoría geográfica y topográfica. La extensión y el tiempo vuelven entonces a ser simples puntos. Asisto a la existencia del espíritu puro, me veo *sub specie aeternitatis*».

Estos estados de embriaguez psíquica que recuerdan la facultad de espiritualización de los *chamas* de la teosofía oriental, fueron sin embargo pasajeros y sólo sirvieron para hacer más dura y dolorosa la vuelta a la realidad, más profundo el vacío, más torturante la duda, más insoportable el vivir. De vuelta de uno de esos viajes siderales exclama: «La realidad, lo presente, lo irreparable, la necesidad, me repugnan y hasta me espantan... La vida práctica me hace retroceder». A él, que en su paraíso artificial pretendía ver los tipos, el fondo de los seres, el sentido de las cosas, al volver a la realidad, toda forma le parecía una violencia y una desfiguración y todo acto se le hacía intolerable. «Mi cruz es la acción», exclama, y agrega: «Como un acto es esencialmente voluntario, obro lo menos posibles».

La voluntad, la facultad motora y libre del alma, fué sacrificada en esta inútil lucha. ¡Miserable condición! Abdicación de lo que realmente tiene de capaz el hombre en el orden de la creación y de la realización. Apartamiento definitivo de la vida social y útil a los demás y a sí mismo para sumergirse en la contemplación sin objeto, en la quietud egoísta, en el renunciamiento sin mérito. Anulación de la personalidad, repudio de la misión del hombre, evasión anticipada de la vida, muerte aparente, pero muerte. «Me siento mudar, dice, o más bien volver a entrar en una forma más elemental; asisto a mi desmembramiento. Yo olvido aún más de lo que soy olvidado. Entro todavía dulcemente vivo en el ataúd. Experimento algo como la paz indefinible del anonadamiento y de la quietud vaga del nirvana; siento ante mí y dentro de mí pasar el rápido río del tiempo, deslizarse las impalpables sombras de la vida, y lo siento con tranquilidad cataléptica».

Este estado «flúido, vago e indeterminado» fué un mar aparentemente tranquilo y silencioso pero lleno de ocultas sirtes. Esta emancipación del mundo de las realidades no fué capaz de domeñar los asaltos de la sensibilidad y las exigencias de la vida afectiva.

«La gran contradicción de mi ser, exclama, es un pensamiento que quiere olvidarse en las cosas y un corazón que quiere vivir en las gentes». Antinomia irreductible. El pensamiento quiere emanciparse del mundo; pero la sensibilidad lo retiene. Su ser sensible se moría de sed de amor, de simpatía; pero era incapaz de saciar aquella sed, de buscar el objeto de sus sentimientos, de ir a él. «Yo a quien la soledad devora y destruye, me encierro en la soledad y tengo todas las apariencias de no complacerme más que conmigo mismo, de bastarme a mí mismo». Esta soledad fué para él constante tortura. Ni le dió paz, ni consuelo, ni descanso. Le hizo caer en una vaga angustia sin motivo y sin objeto, como la de los atacados de melancolía ansiosa.

Así destruyó su ser espiritual y se halló en aquella patética situación por él tantas veces descrita en que «todo se tambalea, vacila y tiembla alrededor del hombre y se oscurece en las lejanas tinieblas de lo desconocido», en que el «mundo no es más que una ficción o hechicería y el universo una quimera», en «que todo el edificio de las ideas se desvanece en humo y todas las realidades se convierten en duda.»

«El grano de trigo molido en harina ya no puede ni germinar ni crecer.» No hay frase del «Diario» que refleje con más patética fuerza que ésta el drama de la vida espiritual del autor. En ella está sintetizada la devastación que en su alma hizo el espíritu de análisis erigido en norma del pensamiento y en implacable fiscal de todas las acciones del hombre. Su alma amplia y generosa, capacitada para el ejercicio de las grandes virtudes sociales, perdió primero la espontaneidad y luego la libertad al ser estrechada por el cerco del

análisis que bien pronto se convirtió para ella en cárcel y tortura.

Dios verdadero, vida, hombre, sociedad, amor, fueron los leños que alimentaron esta insensata hoguera que todo lo destruyó. Ante las desoladas cenizas, ante los resultados del devastador análisis, lanzó en la soledad sus más desgarradores lamentos. Se volvió al Dios verdadero y lo buscó en las tinieblas, entre transportes de fe y gestos de duda; se encaró con la vida y la consideró frente al enigma del espacio y del tiempo, entre espasmos de angustia y gemidos de dolor; quiso mezclarse con los hombres y volver a su sociedad pero se sintió incapaz de ello; pensó en el amor, pero, sin atreverse a llevar la copa a los labios, sólo atinó a confesar que el amor es una fe, que esta fe es una felicidad, una luz y una fuerza. Y al contemplar su existencia destruida y la soledad de sus ruinas agregó que no se entra más que por el amor en la cadena de los vivos, de los dispuestos, de los dichosos, de los rescatados, de los verdaderos hombres que saben lo que vale la existencia y que trabajan en la gloria de Dios y de la verdad. Este fué su *De Profundis* sentimental y la confesión de que él se sentía definitivamente impotente para reincorporarse al mundo de la realidad.

¿Qué halló, pues, en el *inania regna*? ¿Qué trajo de sus excursiones a través de lo que él suponía la esencia eterna e infinita? ¿Qué trajo? El lo reveló con aquella palabra desoladora y lapidaria que solía emplear en castellano, acaso porque su rotundidad fonética le daba la completa sensación del vacío: «¡Nada!»

Bourget, que tanto le amó, dice que el «Diario» fué el instrumento cotidiano del homicidio; del suicidio debió tal vez decir.



Cuando tuvo la revelación de la enfermedad de que debía morir, este hombre que tan poco se curaba de la vida exclamó, sin embargo, con espanto: «¿Es seguro que esto se refiere a mí? ¡Humillaciones incesantes y crecientes! Mi esclavitud se hace más pesada y mi claustro más estrecho.» ¿Era el secreto amor a la vida? ¿Era el más secreto terror a la muerte? Más tarde agregó: «Marcharse todo de una vez es un privilegio; tú perecerás a pedazos. Sométete. La rabia sería insensata e inútil. Y en seguida lo poseyó el sereno pensamiento de Dios y terminó la confesión del día con esta frase digna de un santo: «¡Hágase tu voluntad!».

Desde entonces comenzó el diálogo con el Rey de los Espantos. Fueron años en que la idea del fin le obsesionó como un *leit motiv* y en que todo lo dispuso para la partida. Ya ni emprendió nada ni soñó en emprenderlo. «Sé que no se realizará ni uno siquiera de mis deseos, y hace mucho tiempo que ya no deseo nada. Acepto solamente lo que viene a mí, como la visita de un pájaro sobre mi ven-

iana. Me sonrió; pero sé muy bien que el visitante tiene alas y que no permanecerá mucho tiempo».

La inquietud de la muerte hizo reaparecer nuevamente entre los melancólicos nublados del crepúsculo, el rostro de «Aquél en quién es preciso creer», de Aquél a quién en su juventud invocaba al decir: «Haz que Dios descienda a ti, embalsámame de El por anticipado, haz de tu alma un templo del Espíritu Santo». Nuevamente buscó a tientas «la presencia de Dios», se consoló con el pensamiento de «la ternura del Todopoderoso» y aspiró a «la gloria de Dios» y «la muerte en Dios».

Estas meditaciones avivaron sus sentimientos de caridad, de fe y de esperanza. «Espero que los que me han querido me querrán hasta el fin; desearia haberles hecho bien y dejarles un dulce recuerdo. Quisiera extinguirme sin rebelión ni debilidad. Esto es casi todo. Este resto de esperanza de desco ¿es todavía demasiado? Sea lo que Dios quiera; yo me pongo en sus manos». Treinta años antes había escrito: «No hay más que una cosa necesaria: poseer a Dios... Ponte de acuerdo contigo mismo, vive en presencia de Dios, en comunión con él y deja que guíen tu existencia las potencias generales contra las cuales no puedes nada. Si la muerte te deja tiempo bien está; si te arrebatara, mejor todavía; si te sorprende en la mitad de tu camino, muchísimo mejor, pues te cierra la carrera del éxito para abrirte la del heroísmo, la de la resignación y la de la grandeza moral. Toda vida tiene su grandeza, y como te es imposible salir de Dios, lo mejor es elegir conscientemente domicilio en El».

Así siguió su «vía dolorosa». «La vida no es más que una oscilación cotidiana entre la rebelión y la sumisión, entre el instinto del yo, que es dilatarse y deleitarse en su inviolabilidad tranquila, si es que no en su triunfante realce, y el instinto del alma, que es obedecer el orden universal, aceptar la voluntad de Dios».

Entre tanto la destrucción continuaba. «Todas las mañanas me despierto con el mismo sentimiento de bregar en vano contra la marea ascendente que me va a devorar. Debo morir sofocado y las sofocaciones están en acción». «Mi alma se muere, mi cuerpo se muere. De todas maneras aboco al fin. Abandonado a mí mismo, me roe la tristeza; y la medicina me dice también: «Tú ya no irás lejos». «Ya no tengo porvenir».

Con la desintegración orgánica que se aceleraba se hacia más intensa la espiritualización de aquel ser. No obstante la angustia de la partida le hacía exclamar: «¡Qué cerca está el abismo! Mi espíritu es frágil como un cascarón de nuez, quizá como una cáscara de huevo. Ante la idea de que crezca la avería, siento que todo ha concluido para el navegante». Y luego, después de una noche miserable en que creyó ahogarse hace este acto de contrición: «Entreveo la conveniencia de estar dispuesto y de poner orden en todas mis cosas... Para comen-

zar pasa la esponja por tus agravios y tus amarguras; perdona a todos, no juzgues a nadie; no veas en la malevolencia y en las enemistades más que malas inteligencias. «En cuanto dependa de nosotros, estemos en paz con todos los hombres». «En el lecho de muerte el espíritu ya no debe ver más que las cosas eternas. Todas las mezquindades del tiempo se desvanecen. El combate ha terminado. Es permitido no acordarse más que de los beneficios recibidos y adorar los caminos de Dios. Es natural concentrarse en el sentimiento cristiano de la humildad y de la misericordia. «Padre, perdona nuestras ofensas como nosotros perdamos a los que nos han ofendido». Prepárate como si las próximas pascuas fueran tus últimas pascuas, porque, de ahora en adelante, tus días serán cortos y malos».

«Noche espantosa, apunta pocos días después. He luchado tres o cuatro horas seguidas contra mis estranguladores y entrevisto cercana la muerte... Claro es que lo que me espera es la sofocación, la asfixia. Me ahogaré». Y luego vuelve a clamar: «Hágase la voluntad de Dios y no la mía».

Salido de otra crisis anota melancólicamente: «He envejecido algunos meses en una semana... ya se oye la lanzadera de los destinos y uno se siente correr a la muerte a despecho de los altos y de las treguas concedidas». La naturaleza le dice: «Recobra fuerza y valor, pobre muerto». Pero él no puede más. «Mi garganta me atormenta. Está nevando. Así dependo de la naturaleza y de Dios» y luego de un largo análisis concluye: «al presente la paz está en mí; pero mi carrera ha concluido, mi fuerza no sabe que hacerse y mi vida cerca de su término».

Il n'est plus temps pour rien, excepté pour mourir...»

Poco días después estampa este trágico comentario: «Muy pocas personas sospechan nuestras miserias físicas, ni aun nuestros deudos y amigos más íntimos conocen nuestras conversaciones con el Rey de los Espantos. Hay pensamientos sin confidente; hay tristezas que no se comparten. Hasta por generosidad es preciso ocultarlas. Se sueña solo, se muere solo, se habita solo en el camarín de las seis tablas; pero no está prohibido abrir a Dios esta soledad». ¡Desolado monólogo! Espantosa revelación de los antros de dolor y de muerte que se complace en recorrer el pensamiento. Terrible confesión del más terrible de los desamparos. Angustioso grito en la soledad que queda sin respuesta.

Ya no le interesa el espectáculo de la naturaleza. No tiene energía para gozarlo. «El peso de mi cabeza fatiga mi cuello, el peso de mi vida agobia mi corazón: no es este el estado estético.» Tampoco puede ya asistir a su cátedra. Las flores que recibe le producen el efecto de coronas que se arrojan sobre una tumba. Mentalmente

se despide de todos los amigos lejanos que no volverá a ver. Ya ha adquirido, además, su tierrecita del «Oasis» de Clarens, los seis palmos donde colocar el camarín de las seis tablas.

La primavera revienta las yemas pero él se apaga lentamente. El digital y el bromuro ya nada pueden. El Viernes Santo de 1881 comenta la fiesta del dolor, «Llevemos humildemente nuestra Cruz», y cuatro días después, las últimas y desoladas palabras: «Aplanaamiento... Languidez de la carne y del espíritu...»

Que vivre est difficile, o mon cœur fatigué!»

Si Amiel hubiese escrito su propio epitafio tal vez habría trazado solamente sobre la losa la palabra que él empleó tantas veces: *Nada*. La posteridad se habría encargado de rectificar la terrible sentencia. El desconocido que pasó oscuramente sobre la tierra como una sombra atrae hoy la curiosidad y la simpatía de todas las almas sensibles. ¡Maravilloso ejemplo de la falencia del pensamiento y de la intuición del hombre frente a la infinita grandeza de Dios! Los peregrinos del «Oasis» de Clarens han sustituido ya la palabra maldita por aquella otra que es compendio de fe, de amor y de eternidad: *Spes*.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE